

L as psicólogas y psicólogos comunitarios valencianos en la búsqueda del vínculo perdido.

Carlos A. Arango Cálad.

Universidad del Valle. Apartado Aéreo N° 20978. Cali - Colombia.

e-mail: carangoc@makarenko.univalle.edu.co

RESUMEN

Este artículo describe una experiencia de Investigación - Acción - Participativa realizada con los/as psicólogos/as comunitarios valencianos, donde se describe la forma de intervención comunitaria desarrollada por las instituciones actuales y las dificultades de este modelo de intervención. Se plantea la necesidad de que los/as psicólogos/as comunitarios, así como las instituciones adopten una forma de intervención que haga posible el reconocimiento y fortalecimiento de los procesos comunitarios reales, se cuestiona la concepción instrumental y técnica de la Intervención Comunitaria y se promueve una concepción del trabajo comunitario basada en la propia capacidad del psicólogo para desarrollar vínculos de solidaridad, afecto y compromiso personal con la comunidad.

ABSTRACT

This article describes an Participatory-Action-Research experience of the Community Psychologists of Valencia, Spain, in wich the type of community intervention developed by present institutions thus far, as well as the difficulties resultina from this type of mediation are exposed. The idea that community Psychologists as well as the Institutions might adopt a type of intervention wich would make possible a recognition and strengthening of the real community proceses is stated. Both the instrumental and tecnical conception of community intervention is questioned and the idea of Community Group Work based in the individual capacity of the psychologist in developing links of solidarity as well as a personal commitment with the community is promoted.

Recordando a los clásicos, Amalio Blanco (1993) nos ha llevado a hacer un recorrido por lo que en sus comienzos fuera el concepto sociológico de comunidad. Y en este viaje nos mostró de qué manera el concepto de comunidad corresponde a una «vieja añoranza» y una «antigua nostalgia», donde la relación que da origen a este fenómeno social está atravesado por la amistad, la lealtad, el amor, la gratitud y la confianza. Para ello nos describe los aportes de tönnies, Durkheimm, Siemmel, Weber y Marx, entre otros. Hasta aquí, todo parece indicarnos que los procesos de construcción de una comunidad son de la misma naturaleza que los procesos a través de los cuales construimos nuestra identidad personal y satisfacemos nuestras necesidades afectivas, es decir hacen parte de nuestra forma de vincularnos con los demás.

Sin embargo, Amalio nos presenta el paso del concepto sociológico al concepto psicológico de comunidad como un triunfo sobre la nostalgia: «Si despojamos el concepto de comunidad de la carga romántico-idealista que adquirió a finales del siglo XIX, si somos capaces de elevarnos por encima de sus peligrosas connotaciones nostálgicas, es posible que encontremos en él alguna luz que alumbre la comprensión e incluso justificación, desde la psicología social actual, de lo que es una perspectiva comunitaria en el campo profesio-

PALABRAS CLAVE

Psicología Comunitaria, Intervención Psicosocial, Trabajo comunitario, Investigación-acción-participativa, vínculos.

KEY WORDS

Community psychology, Psycho-social Internention, Community Work, Participatory-Acton-Research, Links.

nal. Cuando en él se emplea el término comunidad, y excluidos ya conceptos como amor, amistad, lealtad, intimidad, etc., parece que nos referimos a una pluralidad de individuos que se congregan en torno a una estructura normativa, valorativa e incluso comparten algunos modelos de conducta». Concluye que el concepto de comunidad se concreta en torno de: a) un espacio físico-ambiental, b) una estructura y organización social, c) un modelo de relación social y d) un sentido de pertenencia o sensación de compartir algo en común.

Pareciera ser que esta separación o distanciamiento de la dimensión afectiva, le confiriera al conocimiento psicológico un status de cientificidad y seriedad a partir del cual se legitimara la existencia de la psicología comunitaria como tal. Si bien, describe de una manera excelente los aportes conceptuales que le permiten a la Psicología Comunitaria considerarse como una disciplina autónoma, no parece justificado el señalar como peligrosa e indeseable, la dimensión afectiva de los procesos comunitarios y mucho menos pretender que el superar esta dimensión afectiva le confiere cientificidad y estatus de legitimidad a la psicología comunitaria. Por el contrario, la experiencia profesional y la investigación sistemática sobre los procesos comunitarios nos conducen a reconocer objetivamente esa especificidad. Ilustrativo en este sentido es el caso de la Investigación sobre el Rol del Psicólogo Comunitario en la Comunidad Valenciana (Arango, 1995).

Las psicólogas y psicólogos comunitarios valencianos participaron en un proceso de Investigación-Acción-Participativa donde se realizaron tres estudios de caso con observación, descripción y entrevistas en profundidad y se aplicaron cuestionarios a otros 19 psicólogos. A partir de estos datos se reconstruyeron las prácticas actuales de

intervención comunitaria, se discutieron colectivamente los significados de estas prácticas, se analizaron los procesos de institucionalización y legitimación del rol estudiado, así como los procesos de socialización primaria, secundaria e identificación con el rol del psicólogo comunitario. Un aspecto sobresaliente de este

Al plantearnos en esta investigación la pregunta sobre cuál es la manera en que las psicólogas y los psicólogos valencianos enfocan ese objeto llamado comunidad en sus prácticas profesionales, cómo aparece la comunidad y si esta imagen es completa o no, nos encontramos con que:

El enfoque básico del profesional para el abordaje de los problemas comunitarios busca responder a la demanda puntual de los individuos y trata de establecer categorías de problemas para homogeneizar una respuesta sistemática o una forma de intervención estandarizada a dicho problema. De esta forma el profesional construye y aplica el «paradigma problema-solución». Al hacerlo desconoce la relación que este individuo puede tener con otras personas y al centrarse en la solución individualizada a cada problema, aísla a esta persona de los demás sectores de la comunidad. El resultado es que la comunidad queda dividida en sectores de edad que aparentemente no tiene relaciones entre sí. Se construyen entonces programas de intervención específicos para esos sectores de edad, que se consolidan institucionalmente y desarrollan estrategias diversas que al actuar sobre ese sector de edad le separan y aíslan más de lo que estuviese separado en la realidad si no existiese el programa institucional.

En el «paradigma problema-solución» la comunidad es una serie de sectores de edad, de niños, de jóvenes, de hombres, de mujeres y de viejos, separados entre sí y que reciben atenciones es-

pecíficas para cada problema en cada sector sin que se reconozcan o se potencien las relaciones entre ellos.

Adicionalmente al paradigma problemas solución, los participantes mencionan el enfoque llamado de «la comunidad desde las áreas de intervención». En este nuevo enfoque se hace una lectura de los problemas comunitarios desde diversas áreas de intervención institucional: «área de salud mental o física, área escolar, de servicios sociales, área social-civil, área familiar y área institucional», que se refieren más a tipos de instituciones oficiales desde las cuales se hace una intervención sobre la comunidad que a sectores de la comunidad. La manera como opera este enfoque es descrita por los participantes así:

«Hay una problemática muy compleja y esa problemática se atomiza en términos de que si esto es de niños, mandémoslo a menores, esto es de la madre mandémoslo a otro lado, este problema se puede manejar psiquiátricamente mandémoslo al psiquiatra. Y un problema que es global donde están muchas cosas interrelacionadas se ve que por la forma como están estructurados los servicios se atomizan completamente y se despedaza la posibilidad de hacer una intervención comunitaria. La persona hace la demanda y el profesional inmediatamente está parcelando lo que la persona dice y viendo cómo la remite y cómo gestiona la demanda en vez de tratar de entenderla de una manera global».

De esta manera el grupo ha llegado a la conclusión de que:

«El panorama general de los sectores de la comunidad es incompleto y no da una idea global de la misma. Los sectores sobre los que se centra la interacción se enmarcan en el paradigma problema solución». «Esta visión impide conocer realmente lo que es la comunidad, se hipertrofia lo negativo y por otro lado no

aparecen problemas fundamentales como por ejemplo el paro».

Como una conclusión frente a este hecho se dio un reconocimiento del grupo de participantes en el sentido de que: *«El psicólogo no está orientado hacia la comunidad, sino hacia las instituciones y esto realmente lo que hace es impedirnos ver a la comunidad».*

Si adicionalmente a este enfoque añadimos el modelo del «Estado de Bienestar» donde se subsidian las carencias nos encontramos con que se están ocultando los problemas y no se están resolviendo. Esto es expresado por los participantes así: *«El sentido de nuestras intervenciones actuales hablando con propiedad lo hemos enmarcado como modelo de contención, pero por otro lado como el modelo de «use y calle». «Si yo previamente no tengo un enmarque de lo que voy a hacer al final me convierto en un puro justificador del sistema y el concepto de agente de cambio se va pues al baúl de los recuerdos».*

Frente a este panorama las/os psicólogas/os plantearon *«Nos hemos hecho dos preguntas: ¿qué hay de los sectores «normales» y de la parte «positiva» de la comunidad?».*

Es decir que por otra parte no se tiene un conocimiento sobre los procesos normales de la comunidad y se busca integrar los desviados a una norma desconocida.

Existe un reconocimiento de que en la intervención profesional e institucional se trabaja sobre las personas problemáticas de la comunidad y se busca integrar al desviado de la norma, pero se desconoce que es lo normal y cuál el sentido psicosocial de lo que normalmente se produce. Lo importante en cada caso es que el problema se resuelva y desaparezca, pero se desconoce a qué se integra. Para ello sería necesario llegar a describir los contextos y procesos normales que caracte-

rizan la vida comunitaria a los cuales se refirieron los participantes así: *«Sectores, instituciones, colectivos y problemáticas, interconexiones entre sectores, redes y relaciones, todo esto no se refleja en las respuestas que hemos dado lo cual significa que estamos interviniendo en parcelas de los componentes de lo que se llamaría comunidad».*

Finalmente los grupos de análisis presentaron su propia elaboración de lo que asumen y entienden que debería ser la intervención comunitaria:

«Nosotros entendemos que la intervención comunitaria es el conjunto de acciones que desde un enfoque metodológico integrador y globalizador, las personas que integramos una comunidad con nuestros distintos recursos personales, técnicos o no, ponemos en marcha para lograr la toma de conciencia y comprensión de nuestra propia realidad y la promoción de nuestro desarrollo global en todos los sectores y áreas de nuestra vida laboral, social, etc.»

Al presentar esta propuesta de definición comienza a perfilarse una nueva manera de entender la relación entre el psicólogo y la comunidad, donde se destaca el hecho de que el psicólogo reconoce que hace parte de la comunidad: *«Cuando hicimos la primera definición hablamos de ayudar a desarrollar la comunidad. Luego hemos cambiado a que nosotros somos comunidad. La pregunta es dónde se coloca el supuesto interventor comunitario. Cuando nos planteamos que vamos a ayudar a la comunidad, estamos colocando a la comunidad fuera de nosotros. La comunidad es lo otro, yo estoy fuera como interventor. Y nos hemos empezado a preguntar desde dónde se trabaja. En, por, con, para, desde la comunidad, todas las preposiciones han estado ahí y entonces nos hemos quedado dentro. Porque incluso cuando hablamos de que el interventor consiga recursos, se desarrolle, ¿acaso el interventor no se esté beneficiando de ese*

proceso? ¿El no está creciendo con esa comunidad? ¿O es que es aséptico, ayuda a desarrollarse a ellos y él no se desarrolla nada y ya no pertenece a esa comunidad?».

«Yo creo que, a la hora de definir la intervención comunitaria, no se puede definir como que yo estoy fuera y allí hay unos señores que tienen unos problemas. Porque yo soy parte de esos problemas y parte de esa comunidad. Si es un psicólogo municipal que trabaja en un Gabinete Municipal, forma parte de su pueblo. Y algunos han nacido en ese pueblo, luego no es solo un interventor comunitario, además es vecino. El es comunidad con ese pueblo. Por eso la definición es que somos las personas que estamos en la comunidad que desarrollamos recursos para... pero somos todos comunidad, yo no entiendo fuera de, lo que sí hace el clínico».

En esta nueva concepción, el/la psicólogo/a se asumen como parte de la comunidad y puede reconocerse que en el enfoque comunitario, las relaciones y los vínculos entre las personas deben ser los objetos centrales de la intervención: *«Hay que insistir en conceptos como participación, fortalecimiento de vínculos y desarrollo de capacidades. Por ejemplo en el trabajo que busca la creación de una asociación de enfermos mentales, implica desarrollar un procedimiento para conseguir toda la dinámica que haga posible que haya unos vínculos, la coordinación dentro del grupo de lo que es un sentimiento de identidad grupal, es lo que tú consigues del grupo en ese trabajo colectivo y comunitario».*

De esta forma, encontramos como un elemento central, que surge de la práctica profesional de los/as psicólogos/as valencianos, que el trabajo comunitario debe explicitar los procesos relacionados con la construcción y fortalecimiento de los vínculos comunitarios, donde el psicólogo es un miembro más de la comunidad.

Clarificado este aspecto, se evaluó la realidad del trabajo comunitario desde el punto de vista de este ideal y se reconoció la existencia de un proceso de construcción del rol del psicólogo comunitario que tuvo un fortalecimiento en los buenos tiempos de la apertura democrática. Fortalecimiento que se expresa en los estatutos de las nuevas instituciones públicas, a partir de los cuales se asignan funciones de trabajo comunitario a los psicólogos, sin embargo, a pesar de que esté legitimado institucionalmente, se identificó un proceso de pérdida de orientación del rol del psicólogo comunitario constructivo, un proceso de «descafeinización» y neutralización política de los modelos de intervención comunitaria y a la casi extinción de la presencia de los psicólogos en los Equipos Base de Servicios Sociales. Esta situación llevó al grupo de participantes a expresar un sentimiento de frustración ante lo que es su ejercicio profesional actual.

Para explicar este estado de insatisfacción se identificaron cinco hipótesis:

- 1.- La falta de credibilidad de los políticos y las instituciones en el trabajo del psicólogo.
- 2.- La consideración de los políticos como enemigos de la participación.
- 3.- La deficiente formación que está recibiendo el psicólogo en la universidad.
- 4.- La falta de orientación de la universidad frente a los problemas de la comunidad.
- 5.- El reconocimiento de que los psicólogos no saben trabajar participativamente.

El análisis participativo de estas hipótesis y la necesidad de establecer prioridades entre ellas y determinar cuál tiene mayor poder explicativo llevó a que el grupo empezará a proponer interpretaciones y explicaciones centra-

das en las dificultades personales y profesionales de los mismos participantes que se condensa en la hipótesis de que los psicólogos comunitarios no saben trabajar participativamente. Esto dio un vuelco significativo a la interpretación de la situación. Algunas de las intervenciones más significativas nos permiten ilustrar el proceso:

«Nosotros como psicólogos también nos mantenemos al margen, es la contradicción que decía antes que nosotros siempre estamos echando un poco la culpa al Estado como algo malo, que nos ha imposibilitado continuar, que nos ha puesto muchas trabas, que se ha declarado democrático socializante y que a la hora de la verdad no nos ha dejado. Pero por qué no nos ha dejado, porque tenemos todos esa frustración? Realmente han sido ellos por decirlo así los culpables? Nosotros también hemos fallado en algo, entonces el análisis nos compete en ese sentido».

«Yo pienso que la relación entre el fracaso entre las expectativas anteriores y el trabajo de ahora es que no se sabe trabajar desde una forma participativa. Hay que replantearse muchísimas cosas desde el principio, para mi es significativo que sólo una persona no se sienta frustrada con su trabajo. Ella sabe trabajar y nos podrá enseñar muchas cosas a la hora de trabajar a nivel de grupos y a nivel participativo. Ahí hay una laguna muy grande, una laguna de aprendizaje que tendremos que rellenar».

Para entender el sentido de la afirmación de que no se sabe trabajar participativamente nos remitiremos a algunas de las afirmaciones que tematizaron este punto:

«Un punto fundamental para resolver el problema del rol es que el psicólogo haya hecho trabajos vivenciales porque yo parto de la idea de que nadie puede enseñar aquello que no sabe, no desde el conocimiento intelectual sino desde el

cuerpo, desde otra realidad. Es el conocimiento de la realidad sobre la cual vas a trabajar u en ello desde tener experiencias no solamente teóricas sino prácticas, vivenciales sobre los temas que vayas a tocar. Lo primero es que se trabaje cada persona las propias actitudes personales frente a la vida o frente a los temas que va a trabajar. Cómo vas a trabajar tú con un grupo de gitanas, si a ti misma las gitanas te dan miedo o te producen asco. De alguna manera tienes que trabajarte tú también eso». «Mi pregunta es, si tratamos de enseñar a la gente la solidaridad, hasta qué punto nuestro somos solidarios, si tratamos de que la gente tenga unas relaciones más humanas, más humanas, más afectivas, más cálidas hasta qué punto nosotros y nosotras sabemos aplicarlo a nuestra vida cotidiana y a nuestras relaciones cotidianas. Pienso que uno no puede enseñarle a la gente lo que no sabe».

Otra participante planteó:

«Eso tiene que ver con la conexión con los demás, es que si no hay una empatía, una influencia en nadie, ni siquiera con el que tienes delante pues es complejo y luego ir subiendo por los diferentes sistemas cómo. Esa es la primera puerta para llegar al macrosistema más amplio. Esa es la relación con lo que estamos hablando».

Encontramos en estas afirmaciones la respuesta a ese sentido de frustración que tiene que ver básicamente con la capacidad que tenga el psicólogo para contactar con los demás, con el otros. Es decir, su capacidad para vincularse con los demás en una relación empática, de aceptación, solidaridad y ayuda mutua. Y esa capacidad para vincularse remite a la necesidad de que el psicólogo se trabaje su propio dolor, y llegue a resolver en primera instancia, para sí mismo, eso que espera que los demás lleguen a resolver para que se den los procesos comunitarios. El punto de partida pues remite a la capacidad per-

sonal de vincularse con otros que tenga el psicólogo, y a partir de allí poder intervenir en contextos cada vez más amplios.

Finalmente el grupo identificó como principios para llegar a influir desde su rol profesional en el contexto más amplio de la sociedad los siguientes:

1. «Unificar criterios y construir una identidad profesional».

La construcción de unos principios comunes, compartidos por el conjunto de psicólogos comunitarios, implica la socialización de un pensamiento, de una forma de entender la realidad, el método de intervención y la acción profesional. *«Creo que el psicólogo comunitario solamente podrá influir en el macrosistema a partir de la unificación de criterios. Veo muy difícil que los psicólogos de los Gabinetes Municipales, los que trabajan en Servicios Sociales, o en sanidad que llevan líneas de intervención comunitaria puedan conseguir que se les reconozca el rol de forma individualista, va a ser muy difícil igualmente que desde su plano consigan que se les reconozca el rol».*

2. «Los psicólogos comunitarios deberíamos funcionar más eróticamente».

Debe orientarse la acción de tal forma que sea en primer lugar satisfactoria para el profesional en un sentido amplio, y le permita establecer relaciones con las personas de la comunidad cálidas, gratificantes y placenteras.

«Yo digo que si todos funcionásemos más eróticamente igual los conflictos serían mucho menores, si introdujúsemos más el erotismo en nuestras relaciones interpersonales estaríamos mucho más a gusto. Hablo de relaciones afectivas, más naturales, no tan obsesionados con el trabajo».

Por erotismo quiero decir más el goce de la vida, el goce de estar con amigos en un bar y charlar y no hacer nada, es decir todo ese tipo de cosas que se han perdido, como era antiguamente en los barrios el hablar de lo que sea y hacían cosas por ejemplo calceta, o a lo mejor alguien hacía más comida y lo repartía a la vecina o jugando a las cartas y continuaban charlando, ahí hay una relación erótica, hay un placer del contacto».

Este énfasis en el erotismo de la vida cotidiana va orientado en la dirección de recuperar las escisiones que la complejidad de la vida moderna a introducido separando el mundo del placer, del mundo del trabajo, y por lo tanto, promoviendo la construcción de roles separados de las demás dimensiones de la persona:

«Entonces claro, en la medida de que todo eso lo hemos escindido y hemos dicho: la vida personal es una cosa y lo profesional es otra. Yo pienso que de aquí para arriba esto entra y de aquí para abajo esto no entra en mi campo de trabajo, pues realmente yo siento de que pueden aparecer personas, como tecnócratas, frías, más o menos como vemos en la administración».

3. «Para influir en el afuera primero tenemos que haber resuelto los problemas del fuero interno y conocer y haber vivido aquello que queremos cambiar».

«Cuando estamos trabajando una problemática hemos de saber realmente en las tripas lo que está pasando allí y sentirlo. Si no, de nuevo quedamos en las alturas, podemos llegar a entenderlo pero no vamos a llegar a la población».

El proceso de construcción del rol del psicólogo comunitario debe pasar necesariamente por el reconocimiento de los problemas comunitarios en nuestro fuero interno, es decir, que la comunidad no es una entidad abstracta

que se encuentra objetivamente más allá del sujeto y enfrente de él, sino que es una forma particular en que vivimos, sentimos y pensamos nuestra realidad personal y social. Por lo tanto, es a través del trabajo personal, como podremos desarrollarnos integralmente, sin escindir ninguna de las dimensiones de nuestra persona y sin escindirnos de nuestro entorno social y cultural. Si queremos como profesionales influir en el contexto más amplio de la sociedad, tenemos necesariamente que reconocernos como miembros pertenecientes de esa sociedad, como sujetos de un proceso de desarrollo social y comunitario que nos atraviesa personalmente. Por tal motivo añadiría: si queremos enseñarle a la gente a vincularse entre sí, hasta que punto nosotros sabemos vincularnos.

Para ello los psicólogos, sean estos comunitarios o no, deben saber pasar de la teoría a la práctica, hasta llegar a reconocer y elaborar en su propia experiencia personal, los procesos relacionados con la manera de vincularse con otros y su propio sentido de comunidad, de pertenencia a una sociedad y de comprometerse con ella. Ante esto es necesario señalar la ausencia general de práctica psicológica:

«Cómo vamos a enseñar a la gente otra calidad de vida, otra solidaridad, qué es la libertad individual, y la libertad común, y los límites y los espacios y lo que hay que reivindicar si no tenemos práctica de hacerlo».

«En España no hemos tenido práctica y eso tiene un efecto terrible en la Psicología, no tenemos práctica de trabajar para nosotros y de supervisarnos». «No es posible trabajar con gente si tú no te superas. Eso no quiere decir necesariamente con un terapeuta, sino con un grupo para trabajar sobre los problemas que tenemos en lo cotidiano y ver qué pasa. Ver cómo yo me manejo esto y como

otro hace otra cosa. Eso no se hace. Y si no se hace, automáticamente la persona no se puede implicar. Porque es terrible, implicarte y luego cómo te comes eso y luego a quién se lo dices que te entienda. Entonces para no implicarse sales y te quedas fuera. Cuando tú te quedas fuera, hay una comunicación de inconsciente a nivel corporal, la gente sabe que tú no estás ahí por mucho que tú les digas con la palabra lo que quieras, cuando estás se capta y cuando no estás también se capta».

En esta intervención vemos claramente de qué manera se experimenta la ausencia del vínculo entre el psicólogo y las personas con las que trabaja. Se trata entonces de llegar a superar esta ausencia de vínculo.

En primer lugar, yo no puedo identificarme con un rol, si no he tenido la oportunidad de verlo desempeñado por el «otro». Si no hemos vivido en una situación participativa difícilmente podemos enseñarle a otro a que actué de manera participativa. Y si no hemos tenido la oportunidad de recibir una retroalimentación sobre nuestro desempeño profesional, si no hemos llegado a ser «otro» para los otros, no se ha dado el proceso de identificación. Que en palabras de esta psicóloga se plantea en términos de implicación. La implicación o la identificación no es posible si no se cuenta con la mediación del «otro» como agente que nos refleja nuestra condición y nos permite construir un «self» en términos de ese otro generalizado.

Una vez descrita la forma como la investigación sobre el rol del psicólogo comunitario nos llevó a reconocer la dimensión afectiva y la necesidad de recuperar los vínculos perdidos, podemos retomar la afirmación de Amalio Blanco, cuando señalaba los peligros de las dimensiones afectivas involucradas en los conceptos de comunidad de los

sociólogos e interrogarnos sobre su pertinencia.

Indudablemente que de esta afirmación lo que se deriva es una visión instrumental de la psicología comunitaria, una mirada técnica y desde afuera de los problemas colectivos. Contrastando esta interpretación con la experiencia profesional y de la investigación participativa realizada con los psicólogos comunitarios valencianos, nos encontramos por un lado con los efectos que sobre el ejercicio profesional y sobre la comunidad está teniendo esta visión instrumental de la psicología comunitaria, y tal vez de otras disciplinas sociales, así como con el gran vacío que deja esta visión instrumental en la experiencia personal de los profesionales y las personas que demandan su intervención. Este vacío es el vínculo perdido que ha dado origen a la necesidad de que surja una disciplina como la psicología comunitaria. Por tal motivo es necesario volver a la nostalgia, ir en busca del vínculo perdido y reconocer la pertinencia del afecto y el amor como fundamentos de la sociedad y la comunidad. Para ello podemos retomar, no ya los clásicos sino las nuevas aportaciones de autores actuales. Entre ellos, retomo en primer lugar la posición de la psicóloga Fina Sanz cuando plantea: «La forma en que los individuos de una sociedad se vinculan afectivamente es una clave para entender la estructura social. O dicho de otra forma, cada sociedad educa afectivamente a sus miembros para que reproduzcan o mantengan un orden social establecido» (Sanz, F. 1995). De la misma forma el biólogo Humberto Maturana desde la investigación biológica llega a la misma conclusión que los sociólogos clásicos y es más explícito al afirmar que el amor es el fundamento de lo social: «El amor es el dominio de las acciones que constituyen al otro como legítimo otro en la convivencia con uno. Al aceptar la legi-

timidad del otro nos hacemos responsables de nuestra relación con él o ella, incluso si lo o la negamos. Al mismo tiempo, por esto mismo el amor es la emoción que funda lo social». «Las relaciones humanas se ordenan desde la emoción y no desde la razón, aunque la razón dé forma al hacer que el emocionar decide» (Humberto Maturana, 1991).

Solo me resta hacer una invitación a todos los psicólogos y psicólogas a que revisemos nuestra gran dificultad para reconocer en nosotros mismos la necesidad de vincularnos con los demás, y desarrollar un discurso y una práctica sobre el afecto y el amor que no implique una dicotomización entre nuestra vida personal y nuestro ejercicio profesional.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ARANGO, CARLOS. 1995: «*El Rol del Psicólogo Comunitario en la Comunidad Valenciana*» Tesis Doctoral. Universidad de Valencia. (Copias de esta se encuentra en el Colegio Oficial de Psicólogos, y en la Biblioteca de la Universidad de Valencia).

BLANCO AMALIO, 1993. *La Psicología Comunitaria, ¿una nueva utopía para el final del siglo XX?* Tomado de: Martín, Chacón y Martínez: *Psicología Comunitaria*. Textos Visor. Madrid.

MATURANA, HUMBERTO. 1991. *El sentido de lo Humano*. Dolmen Ediciones. Chile.

SANZ FINA, 1995: *Los vínculos amorosos: Amar desde la identidad en la Terapia del Reencuentro*. Editorial Kairós. Barcelona.